

Ela Elis

Siente que ya la nave se arrima a la dársena y lanza un silbido afónico. Atrás queda su supuesto pasado de santurrón, el idioma de palabras amuchadas, los bosques tupidos sobre montañas que horizontes curvos y campos chatos como océanos vendrán a suplantar. Ve cómo dos chimeneas le nublan la vista a una grúa que levanta bultos, a desgano e indiferente a la picardía. Su hogar postrero lo recibe sin formalidad alguna. Este no es el país de las ceremonias sino una babel rabiosa donde lo van pasando de mano en mano con una cadencia que se le empieza a meter por el calado y se le instala en los muñequitos, en las lengüetas, en las zapatillas. Pronto se saca el vestido de aldeano y se deja caer en tentaciones de cosmopolita. Se contonea a lo guapo, entre machos. Lo hacen llorar y se deja. Se regodea en lo críptico. Viborea con ganas. (Diabólico, le van a decir más tarde). No lo sabe todavía pero el destino le depara una falda de líneas menos rectas que las de aquellos primeros varones.

Desde la mentada falda será testigo de otros comienzos, otras orquestas y otras fabulaciones. Buscará lo nuevo con viento y gotas de lluvia, y remachará lo viejo con faroles, atardeceres tristes y suspiros en los cafés. Resentirá profundamente los paseos, encerrado entre las paredes asfixiantes de una valija con rueditas (¡ay, el estribo de los colectivos, ay, las veredas rotas!). Perdonará ese tormento en el aire libre de las plazas o junto a las fuentes. En una arboleda de eucaliptos, acacias y pinos, sentirá nostalgia del abeto originario. Instalado en una terraza, a través de la balaustrada, verá las naves abovedadas de un mercado convertido en shopping. Cada tanto las grúas, ahora moribundas, y las chimeneas ya ahogadas, lo harán recordar satisfecho su pasado de reciénvenido.

Julieta Vitullo